

José Antonio Hernández Talens

La Atlántida y
el diluvio que brotó
de sus cenizas

Historia Heterodoxa del
Tiempo Primero



Ediciones Corona Borealis

LA ATLÁNTIDA Y EL DILUVIO QUE BROTO DE SUS CENIZAS. Historia Heterodoxa del Tiempo Primero - José Antonio Hernández Talens

© 2015, José Antonio Hernández Talens

© 2015, Ediciones Corona Borealis

Pasaje Esperanto, 1

29007 - Málaga

Tel. 951 088 874

www.coronaborealis.es

Maquetación y diseño editorial: Georgia Delena

www.maquetacionlibros.com

Imagen de portada: © Fotolia.com - frozenstarro

Primera edición: Octubre 2015

ISBN: 978-84-15465-96-6

Depósito Legal: MA xxx

Distribuidores: <http://www.coronaborealis.es/?url=librerias.php>

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de parte alguna de este libro, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico, químico de otro tipo, tanto conocido como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado o grabación, ni se permite su almacenamiento en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito del editor.

Printed in Spain - Impreso en España

Índice

INTRODUCCIÓN.....	7
ATLÁNTIDA	15
AZTLÁN	35
DEL PROBLEMA DE AMÉRICA.....	53
LAS PRUEBAS MATERIALES.....	63
LA FUERZA DEL MAR.....	79
... Y SE ABRIERON LAS COMPUERTAS DEL CIELO	95
AÑO 10 000 A. C.	119
LOS SUPERVIVIENTES.....	157
TEXTOS MITOLÓGICOS Y RELIGIOSOS.....	171
UN SALTO EVOLUTIVO	207
HAY QUE DESPEJAR EL CAMINO.....	249
UN FARO.....	257
A QUIEN CORRESPONDA.....	277
BIBLIOGRAFÍA	285

INTRODUCCIÓN

Se ha escrito ya tanto sobre la Atlántida en los cientos de libros y en la infinidad de artículos que han encontrado inspiración en el halo de misterio que la envuelve, que pensar en añadir algo nuevo, y aún más, trascendente, se me antoja en ocasiones una quimera. ¿Qué puedo aportar yo, simple aficionado, para clarificar mucho o poco un enigma histórico (o si lo prefieren, pseudohistórico) que tantas inquietudes ha generado? Escasa es mi ciencia y ligero mi equipaje ante el calibre de esta mi humana ambición, pero es lo que hay, y sólo en ello y en mis fuerzas puedo confiar para afrontar el reto. Si será con éxito o no, ésa es otra cuestión.

A pesar de mis limitaciones, a pesar incluso de las vacilaciones y los desánimos que me atenazan de vez en cuando, éstos últimos con más asiduidad de la deseable, sigue muy firme dentro de mí el convencimiento de que me he aproximado mucho a la verdad, de que casi la puedo acariciar con la yema de los dedos; de que mis argumentos son lo suficientemente sólidos como para desasosegar a los más escépticos. Si al final todo es el resultado de un entusiasmo que ciega mis ojos, o efectivamente he dado con la clave que conduce a la puerta tras la que se adivina la visión de una Atlántida que todo su lugar en el

tiempo y en el espacio sobre nuestro maltratado planeta, usted, señor lector, es quien debe juzgarlo. Pero hasta que llegue ese momento, me aguarda la siempre complicada tarea de trasladar al papel esos conceptos que tan nítidos y rotundos se manifiestan en algún lugar de nuestra mente, y que con tanta facilidad se desvanecen en la nada sin darnos la oportunidad siquiera de volver a recrearlos.

¿Qué me empuja a internarme en este proceloso mar del pasado olvidado, siempre cubierto por una bruma espesa que apenas permite avistar retazos de una verdad inasumible para la mayoría, y en el que desvarío y certeza parecen confundirse buscando arrastrarte hacia acantilados de los que resulta imposible escapar? Pues la razón primera y última, y única, reside en la seguridad, arraigada en mí desde que era un chaval, de que una parte sustancial de la Prehistoria y la Historia Antigua no son como nos la están contando. Esta afirmación la apoyo en la existencia de objetos y construcciones que en teoría fueron realizados por el ser humano pero que no se corresponden con la tecnología disponible en su época (miren si su volumen es elevado, que hasta se ha creado un acrónimo en inglés, *oopart*, para definir a estos “artefectos fuera de lugar”), o que parecen demostrar el dominio de la capacidad de volar en tiempos ancestrales; lo que en su conjunto ha conseguido que los apologistas de la ortodoxia se vean obligados a devanarse los sesos buscando salidas hechas a medida para justificar tanta anormalidad.

Los ejemplos de cuanto afirmo son numerosos, pero para no correr el riesgo de ser anatemizado ya en las primeras páginas de esta mi obra, me ceñiré a los más defendibles: los únicos sarcófagos que se han descubierto inviolados dentro de pirámides egipcias, ¡no contenían cadáver alguno cuando fueron abiertos (el del faraón de la III Dinastía Sekhemkhet, que reinó hacia 2645-2638 a. C., y el de Hetepheres I, que vivió en torno a 2600 a. C. y fue madre de Keops, cuyo sarcófago vacío, para mayor estupor, conservaba intactos los

sellos que lo precintaban)!, lo que según mi modesto saber y entender (y el de otros bastante más cualificados que yo) demostraría que las pirámides egipcias no eran tumbas ni los presuntos féretros tales, con lo que se abre un abanico de preguntas sin respuesta la mar de interesante; y la archiconocida Esfinge de Gizeh está surcada por profundas huellas de erosión provocada por fuertes precipitaciones, lo que nos obligaría a aceptar que fue esculpida milenios antes de que surgiese la civilización a orillas del Nilo. Y eso sin contar con las Líneas de Nazca, que al ser observables en su integridad sólo desde gran altura, invitan a pensar que fueron trazadas para atraer la atención de alguien que podía surcar los cielos, ni con la Sábana Santa, sólida prueba material de que en nuestro Universo han existido y existen seres y energías que escapan a nuestro entendimiento.

Con casi total seguridad, muchos de cuantos reparen en un nombre tan sospechosos como Atlántida en la portada, sentenciarán de inmediato que este libro es una nueva extravagancia plagada de disparates a cual más descabellado. Y qué puedo decirles para intentar convencerles de que están equivocados. Pues lo mejor, como siempre, es la verdad: juro que lo que ahora tienen ante sus ojos, entre sus manos si no sienten demasiados reparos por tocar algo *a priori* apeestado, es un esfuerzo personal de investigación histórica centrado en unos tiempos oscuros de los que no nos ha llegado información de primera mano... excepto a través de los relatos mitológicos, parte integrante por derecho propio de ese conjunto documental, al que cada día se otorga mayor credibilidad, denominado genéricamente Tradición. Por la sencilla razón de que al igual que en ausencia de norma escrita la costumbre se convierte en ley, la falta de literatura era suplida en la Prehistoria por la transmisión oral de los principales acontecimientos que marcaron el devenir de cada pueblo. Y si bien es verdad que quien habla puede no ser fiel (intencionadamente o no) a lo que escuchó o vio, no es menos cierto que la Historia está plagada de documentos

falsificados o interpretaciones tergiversadas, cuando no de hechos y discursos borrados de la memoria colectiva a sangre y fuego. Al fin, de ninguno de los dos sistemas de comunicación se puede afirmar que sea absolutamente fiable, y a ambos se les puede aplicar la vieja máxima de que una mentira repetida hasta la saciedad se acaba aceptando como verdad.

Téngase presente al respecto, que si uno consulta los significados de mito y leyenda en cualquier diccionario, la respuesta que obtenemos nos remite en primer término a historias inventadas, supongo que para dejar las cosas bien claras desde el principio y que nadie se llame a engaño. Sin embargo, las mismas palabras que parecen sentenciar su falsedad, abren una profunda cuña entre sus filas cuando aseveran que la leyenda es una “narración popular que cuenta hechos fantásticos e imaginarios pero está basada en un hecho real que la tradición ha transmitido y elaborado”. ¿En qué quedamos, son verdad o son mentira? Al parecer un tanto de cada, algo así como tremendas exageraciones. La cuestión que se deriva de esto es dónde se sitúa la delgada línea roja que separa ficción y realidad, y lo más importante, quién la traza. ¿El sentido común lo segundo? Supongo que es el candidato más cualificado para desempeñar el papel de juez. El problema surge en el momento en que este supremo magistrado es apartado del caso por los historiadores ortodoxos, los mismos que lo auparon al cargo convencidos de que nunca iba a favorecer a sus contrarios, cuando no sigue sus consignas, en una perfecta demostración del doble rasero del que demasiadas veces hacen gala: si el veredicto me favorece lo acepto, en caso contrario lo anulo y punto; puesto que entonces se demuestra que el juicio estaba amañado desde el principio porque no piensan permitir que nadie quiebre los principios inalterables que han grabado en sus tablas de la ley.

Sé bien que apelar a la honestidad de los antiguos cronistas no bastará por sí solo para que las mentes me abran sus corazones,

pero por fortuna para mi causa no me veo obligado a fiarlo todo a la siempre cuestionable credibilidad de mitos y leyendas, ya que, como intentaré demostrar a lo largo de las páginas que están por venir, la existencia real del *continente perdido* está avalada por un opino que firme conjunto de pruebas serias. Evidencias sólidas que demostrarían la materialidad de la Atlántida, unas de forma directa y las otras por ser las consecuencias imborrables de la hecatombe que provocó en todo planeta el arrasador diluvio que se desató tras la traumática desaparición, hace unos 12.000 años, de aquella extensa isla-continente situada en el extremo occidental del Océano Atlántico.

Por todo ello manifiesto que es mi intención primordial el fraguar un estudio sobre la Atlántida lo más racional posible, si cabe hasta científico; y a ello me comprometo. Incluso me atrevo a aspirar a que esta obra sea con diferencia el intento más serio de demostrar su historicidad. Porque lo que nos cuenta el registro fósil y arqueológico, y las casi calcadas repeticiones que se producen en los relatos transmitidos de generación en generación, desde la noche de los tiempos, por todo el planeta, a pesar de que cada uno por separado no parece significar nada especial, todos juntos componen una secuencia de fenómenos íntimamente interrelacionados; uno de cuyos orígenes, si no estoy equivocado, y espero no estarlo, hay que buscarlo en el repentino desvanecimiento de una gran masa de tierra firme ubicada frente a la costa este de Norteamérica.

Para conseguirlo manteniéndome fiel a la objetividad que preconizo, deberé sustraerme al elevado grado de surrealismo que invade cada recoveco en este tipo de contenidos. Realidad que queda perfectamente evidenciada cuando vemos que los diversos autores han situado a la Atlántida, dicho sea de paso, despreciando de raíz la diáfana descripción que nos legó Platón, en lugares tan exóticos y distantes entre sí como Mongolia, Ceilán, Irán, Crimea, Etiopía, Sudáfrica o Groenlandia. Incluso no ha faltado la opción que la identifica con Europa toda, buscando de

este modo sustentar los aires de superioridad que anidan en algunos pueblos europeos con un presunto origen especial del hombre blanco, como continuador de la excelsa raza atlante. Lo peor de todo, es que este proceder tan poco riguroso, motivado únicamente por el deseo de respaldar a cualquier precio la teoría de turno, es la tónica dominante en las obras que giran en torno a la Atlántida. Lo que a la postre sólo produce el descrédito general, a pesar de que muchos nos esforzamos por encontrar evidencias sólidas y documentadas que permitan al menos dudar de que este mito sea una ficción más sin ningún fundamento; partiendo siempre de un respeto absoluto a lo que nos cuentan las únicas noticias que nos han llegado de la gran isla atlántica, tanto las de esta orilla del océano como las de la otra.

Últimamente ha ganado muchos enteros la hipótesis que plantea que el drama de los atlantes es en realidad el reflejo deformado de la enorme erupción que tuvo lugar, hacia 1500 a. C., en la isla griega de Santorini (Thera), pues no en vano las semejanzas son notables: una gigantesca explosión acaecida en un ámbito insular y una civilización destruida. Sin embargo, aun tomando en consideración estas pruebas circunstanciales, es mucho mayor la distancia que las separa que lo poco que permite identificarlas. Para empezar, Platón sitúa sin ninguna vacilación a la Atlántida al oeste del Estrecho de Gibraltar, en pleno Océano Atlántico, y presumiblemente al lado mismo de América. Asimismo, le otorga una extensión inmensa (como Asia Menor y el norte de África juntos, por lo que no tendría cabida en el Mediterráneo), considerablemente superior a la de la modesta Santorini, y además deja bien claro el ilustre sabio que su fin se produjo nueve mil años antes de que la leyenda llegase a oídos de Solón, es decir, en un momento próximo al año 9600 a. C., época en que la civilización minoica de Creta ni siquiera había esbozado su postrer esplendor. Todo ello sin olvidar que aún se discute si la destrucción y posterior abandono de las ciudades minoicas fue consecuencia de los efectos

de la erupción o más bien por el feroz ataque de gentes provenientes de Grecia, ya que los vestigios arqueológicos dejan constancia de que Cnosos continuó habitada un tiempo, hasta que el invasor micénico desplazó del poder a la primera sociedad organizada de Europa. En resumen, el relato platónico es radicalmente divergente de los sucesos de Creta-Santorini. No se parecen para nada ni en el tamaño de la isla, ni en su localización, ni en las secuelas del cataclismo, ni en la fecha... Duda más que razonable como para admitir sin más que se trata del mismo hecho histórico.

Independientemente de lo forzados que sean tanto éste como los demás intentos semejantes por hallar una explicación lógica a lo escrito por Platón, me atrevería a señalar que la búsqueda continua de una salida que logre hacer que la Atlántida se haga un hueco entre tirios y troyanos, aunque sea con calzador, cae por sí misma en una contradicción manifiesta. De un lado, si se piensa que la leyenda de la Atlántida es una pura invención sin más, no tiene ningún sentido otorgarle la más mínima credibilidad y seguir malgastando energías para desenterrar sus ruinas, y del otro, si se enfoca como una crónica que encierra un determinado porcentaje de verdad, se la debiera aceptar tal cual ante el hecho cierto de que contiene unos datos geográficos imposibles de obtener en aquel tiempo. Porque lo que se hace en este caso, aprobar lo que tendría cabida en nuestros manuales de Historia despreciando al mismo tiempo lo que no cuadra con lo que en ellos se enseña, es cuanto menos una actitud ambigua, e incluso osaría llevar el término a la categoría de poco científica. Es obvio que en el año 600 a. C. nadie debería saber de la existencia y mucho menos de la configuración de América, pero el testimonio de Platón nos revela que alguien que sí las conocía se lo mostró a Solón. ¿Será debido a esto el tan incansable empeño por desautorizar algo que en principio se descalificaría por sí solo sin necesidad de ninguna ayuda...?

Ahora, tras esta declaración de intenciones, como debe ser, llega el turno de los argumentos que han de dar brío y corpulencia a la intuición primera, y de las pruebas materiales en que cimentar su acierto. Así que, sin más dilación, pasemos página y dispongámonos a consumir lo que nos ha traído hasta aquí.

ATLÁNTIDA

Corría más o menos el año 600 a. C., cuando Solón, un célebre legislador ateniense incluido por méritos propios en la lista de *Los Siete Sabios de Grecia* (en la que curiosamente figuraron más de siete nombres debido a que existieron varias versiones de la misma), visitó la ciudad de Sais, en Egipto. Allí intentó informarse sobre las épocas más antiguas preguntando a los sacerdotes, los guardianes del saber ancestral preservado en sus templos. Como de entrada éstos se mostraron remisos a satisfacer su curiosidad, Solón trató de animarles a ello narrándoles la historia de los griegos desde el primer hombre, para que viesen la sinceridad de sus intenciones. Al final, tal vez conmovido por la pureza de su discurso, uno de los sacerdotes, ya anciano, accedió a complacerle, no sin antes espetarle la ignorancia de los helenos sobre los tiempos antiguos con un expresivo “sois niños en cuanto al alma porque no poseéis tradiciones remotas ni conocimientos venerables por su antigüedad”.

El anciano sacerdote, tras indicar que se habían desatado sobre los humanos muchas más catástrofes que el diluvio que había referido Solón, y después de alabar a Atenas y a los atenienses por sus hazañas y sabiduría, se introdujo de lleno en la historia de la Atlántida. Según él,

fue una isla inmensa (“más grande que la Libia y el Asia reunidas”, o sea, equivalente en tamaño a la suma de África del Norte y Asia Menor) sita en el Océano Atlántico (la sitúa “frente al estrecho que en vuestra lengua llamáis Columnas de Hércules”, denominación que recibía en aquel entonces el Estrecho de Gibraltar, y aunque de sus palabras se extrae en principio un significado ambiguo que parece indicar proximidad, el relato lo desmiente cuando informa que el ejército atlante partió del Océano Atlántico, y sobre todo al situar a la gran isla en las proximidades del continente que ceñía al océano por su extremo occidental).

La isla-continente le correspondió en suerte a Poseidón (Neptuno para los romanos), señor del mar y las tempestades, el día en que los dioses decidieron repartirse la Tierra. Sucedió entonces que Poseidón quedó tan prendado de los encantos de Clito, una mortal que vivía en una colina de la isla, que acabó por unirse a ella. De su relación nacieron cinco parejas de mellizos, el inicio de la estirpe atlante, siendo el primogénito, Atlas, quien dio nombre a la isla e incluso al océano. Quiso después Poseidón proteger convenientemente a su descendencia, razón por la cual rodeó la colina de Clito con la formidable defensa que constituían cinco amplios círculos, tres de agua y dos de tierra, dispuestos alternativamente. Es decir, que para asaltarla había que superar antes tres inmensos fosos y escalar dos altos muros.

Con el objeto de dar a cada uno de sus hijos una parcela de poder, determinó el dios dividir la isla en diez provincias que gobernar, aunque reservando la colina materna y la autoridad suprema sobre toda la Atlántida a Atlas y sus sucesores. Con el tiempo, la capital atlante se transformó en una urbe esplendorosa donde se construyeron magníficos palacios, hipódromos, templos, gimnasios, baños públicos, jardines, puertos y un abigarrado conjunto de edificios de todo tipo y tamaño, destacando con mucho el incomparable templo que se levantaba en lo alto de la colina, consagrado a Poseidón y Clito, en medio de la acrópolis atlante, donde se guardaba una colosal

estatua de oro de Poseidón, y en el exterior del templo de los demás reyes y reinas atlantes. Además, con la finalidad de comunicar la ciudad con el mar, excavaron un ancho y profundo canal de algo más de 9 kilómetros de longitud, guardado por una muralla circular plegable en su desembocadura. Así, gracias a esta vía de acceso al océano, en los muelles de sus tres puertos se agolpaban gran cantidad de navíos provenientes de todas partes, con lo cual la actividad y bullicio eran constantes, tanto de día como de noche. Finalmente, la isla dentro de la isla en que se había convertido la colina de Clito, tras también ser cincundada por una fortificación, fue ocupada por la élite de la sociedad atlante en torno a su monarca.

Una extensísima y muy feraz llanura se extendía alrededor de la morada divina. Entre ésta y el mar, en el resto de direcciones, descansaban majestuosas montañas repletas de aldeas y valles siempre verdes. Alrededor de la llanura abrieron asimismo un ciclópeo canal, tanto como para que el interlocutor de Platón descartase que pudiera ser obra humana, e igualmente trazaron otros muchos que cruzaban la llanura a lo ancho y a lo largo, confluyendo algunos en la ciudad, a través de los cuales la proveían de madera y demás materias primas provenientes de las tierras altas. Respecto a la ubicación de la capital atlante, como el *Critias* nos informa que “esta parte de la isla miraba al Mediodía”, es decir, al sur, será porque estaba situada en el extremo meridional de la isla.

Gracias a la protección que brindaban a la gran llanura las cordilleras “que formaban como una cintura, y excedían en número, en grandor y en belleza a todas las que se conocen hoy día”, “no tenía nada que temer de los vientos del Norte” (por lo que presumiblemente la Atlántida debería estar situada al norte del Ecuador, máxime cuando nos estamos refiriendo a la última Era Glaciar, en la que todo el extremo septentrional del planeta estaba cubierto por una inmensa mole de hielo milenario, de la que sin duda partirían

grandes masas de aire gélido hacia las tierras del sur), y merced a la abundancia de agua, producía generosas cosechas de cereales y otros productos del campo. De los bosques obtenían un sinfín de frutos, resinas, plantas medicinales y aromáticas, y, por supuesto, las mejores maderas para que los carpinteros labraran el más exquisito mobiliario, con lo que en definitiva la isla era un auténtico vergel de explosión de vida.

Por veredas y campiñas se desplazaban numerosas manadas de todo tipo de animales, entre los que destacaban especialmente los elefantes. Era tanto el pasto que ofrecía una tierra de esplendidez sin par, que en ningún momento se turbó la convivencia entre el ganado doméstico y las bestias salvajes. Si el anciano sacerdote o cualquiera de los transmisores de la leyenda no exageraron, la Atlántida fue lo más parecido a un paraíso terrenal que haya existido nunca. Y para acabar de colmar la riqueza natural de la isla, el subsuelo rebosaba de cuantos metales, minerales y piedras preciosas se puedan imaginar, sintiendo los atlantes predilección, entre todos, por el misterioso oricalco (etimológicamente, “cobre de montaña”; y aunque los especialistas en metales suponen que se trata de una aleación de cobre, zinc y plomo, no faltan quienes lo identifican con el ámbar), al que consideraban lo máximo después del oro. Y así, gracias a estas casi infinitas riquezas, sumadas a los tributos que sustrajeron a los países conquistados cuando se dejaron seducir por el imperialismo, los reyes de la Atlántida acumularon unos tesoros imposibles de igualar.

Cada uno de los diez descendientes directos de los hijos de Poseidón gobernaba su provincia con poder absoluto, aunque supeditada siempre su autoridad a la suprema de la casa de Atlas y a las leyes establecidas por el propio dios. Éstas se conservaban grabadas en una columna de oricalco dentro del templo, lugar donde cada cinco y seis años alternativamente se reunían los diez reyes para deliberar sobre los asuntos de estado y juzgar si alguno de ellos había

violado los preceptos sagrados. Todo ello en medio de un pomposo ceremonial que incluía diversos ritos, entre los cuales la caza-sacrificio de un toro.

En sus orígenes, la extracción divina de los atlantes les impulsaba tan sólo a realizar actos nobles y a despreciar las riquezas y demás ataduras terrenales. Fueron los años dichosos de la Atlántida, con una sociedad amante del arte y la perfección, y desbordada por el más puro humanitarismo. Sin embargo, a fuerza de contaminar su naturaleza con la de los mortales, la vida virtuosa que llevaban se vio suplantada por una tiranía de soberbia, codicia y ansias de poder sin límite. Embriagados por su degeneración, se lanzaron a la conquista del mundo, entrando a saco en la cuenca mediterránea. Cuando ya casi la habían ocupado entera, se hallaron frente a frente con las tropas atenienses, que merced a su coraje y determinación se alzaron con la victoria en la batalla, a pesar incluso de la desertión de sus aliados. Inmediatamente después, los atenienses lanzaron un contraataque gracias al cual devolvieron la libertad a todos los pueblos que vivían “más acá de las Columnas de Hércules”, llegando al parecer incluso a poner pie en la Atlántida. Esta guerra, acaecida nueve mil años antes de que Solón la escuchase de labios de un anciano sacerdote egipcio, finalizó cuando “en un solo día y una noche de catástrofe”, casi seguro que como consecuencia de un castigo decretado por Zeus (es lo que se desprende del relato incompleto), la isla desapareció para siempre bajo las aguas oceánicas, ¿arrastrando en su perdición a amigos y enemigos?

Éste ha sido un resumen típico de la historia de la Atlántida que llega al gran público, la cual fue impresa por Platón en sus obras *Timeo* y *Critias*, escritas hacia el año 350 a. C. Como se puede apreciar, no es nada del otro mundo, no deja de mostrarse como una aventura mitológica propia de la Grecia Clásica, aunque eso sí, expuesta con gran rotundidad y detallismo, en especial a la hora de hablar de la

ubicación de la Atlántida y de la fecha en que su postrer belicismo la condujo a la perdición. No en vano Platón remarcó en repetidas ocasiones que se trataba de una historia real, y si afirmó eso con tanta insistencia, sus razones tendría... Pero lo verdaderamente importante, lo sobresaliente, lo que le otorga un elevado grado de verosimilitud, es la inclusión de unos conocimientos imposibles de atesorar en aquel momento. Porque, ¿cómo se consigue entender que alguien elabore un cuento inventado de principio a fin, en el que aparezcan una serie de datos astronómicos y geográficos muy concretos y acertados que de ninguna de las maneras debería intuir siquiera el autor, si no es debido a que partió de una base verídica?

Para abrir boca tropezamos con un enunciado tan actual como el que sigue, cuando al ocuparse de las diversas catástrofes que asolaron al planeta en el pasado, el sacerdote las achaca a que “que en el espacio que rodea la Tierra y en el cielo se realizan grandes revoluciones, y que los objetos, que cubren el globo a largos intervalos, desaparecen en un vasto incendio”. Una frase de este estilo pronunciada por un sacerdote egipcio del año 600 a. C. creo que muy bien podría calificarse como revolucionaria, pues la antigua religión egipcia lo explicaba todo en clave de la mudable voluntad divina... y como acertada, ya que la idea de importantes variaciones en el eje de rotación de nuestro planeta, que haría que los humanos pensarán que eran los astros los que se habían desplazado repentinamente de su posición, es una de las que barajan los científicos para explicar los bruscos cambios climáticos que ha padecido el planeta. Además, esta explicación tan actual es a su vez condimentada por una frase del mismo estilo que el gran Herodoto (484-425 a. C.), a quien se considera el padre de la ciencia histórica, recoge en el tomo II de su *Historias*, cuando cuenta que los sacerdotes egipcios le revelaron que en los últimos 11.340 años (viajó a Egipto en 450 a. C.) “el sol había invertido por cuatro veces su carrera natural, saliendo dos

veces desde el punto donde regularmente se pone, y ocultándose otras dos en el lugar de donde nace por lo común”.

Para situarnos mejor y ver las cosas con la perspectiva adecuada, recordemos que hubo que esperar a Aristóteles (384-322 a. C.) para que con argumentos serios demostrase la esfericidad de la Tierra; aunque, para que también nos demos cuenta de las limitaciones del marco mental de la época, impuso a la vez, merced a su autoridad intelectual, que nuestro mundo permanecía inmóvil en medio del Universo.

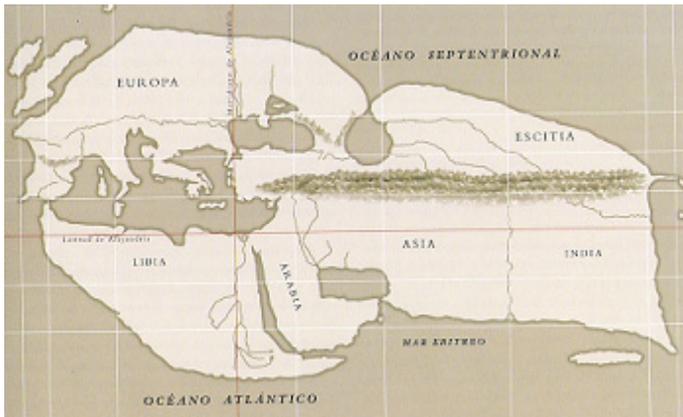
Contrariamente a este razonamiento tan firme del anciano, expuesto a primera vista sin vacilaciones, lo lógico, lo correcto, hubiera sido otro similar al que emplea varias líneas después: “cuando por otra parte, los dioses, purificando la tierra por medio de las aguas, la sumergen, (...)”. Esto sí es algo predecible de labios de un sacerdote del Egipto faraónico (aunque fuera en sus últimas fases), porque creo que no es necesario insistir en que en la Antigüedad todo lo importante se explicaba como el producto de los caprichos divinos, unas veces benefactores del género humano y otras crueles y destructivos. Lo que en realidad refirió, un firmamento cambiante cuyas variaciones pueden afectar de manera tan honda a la Tierra, es una cuestión que debería quedar fuera de sus esquemas mentales. Por lo menos eso es lo que yo pienso, y máxime cuando lo común entre las primeras civilizaciones era considerar que el Sol y las estrellas se hallaban sobre una especie de cúpula fija que cubría el planeta. Y la egipcia no parece haber sido una excepción, pues la representación de Nut, la diosa del cielo, semeja algo parecido, ya que su cuerpo adopta una posición semicircular sobre la superficie terrestre y lo tiene todo cubierto de estrellas, como si éstas estuviesen pegadas a su piel; siendo además ella misma el camino que recorre la barca solar a diario, como corresponde a la personificación de la bóveda celeste que era.

Supongo que alguien argüirá que los antiguos egipcios dedicaron mucho tiempo a las precisas observaciones que del firmamento

hicieron desde la noche de los tiempos. Bien, correcto, mas en los 2.500 años de civilización que llevaban entonces no creo que pudieran observar fenómeno alguno de “desviación de los cuerpos celestes que giran alrededor de la Tierra”, más que nada porque en todo ese tiempo no se produjo ningún cambio climático drástico como una glaciación. En todo caso las observaciones se tendrían que haber remontado como mínimo a los once mil años atrás de que habló Herodoto... cuando en teoría no existía civilización tal como la conocemos ni Egipto como entidad estatal. Pero dejando aparte esta curiosa (curiosamente certera) casualidad, que imagino no pasará del poco atractivo *status* de simple anécdota, le ha llegado el turno a la que yo erijo como evidencia más consistente de la autenticidad de la historia de la Atlántida recopilada por Platón: la perfecta descripción de una zona de nuestro planeta no sólo inexplorada en aquel entonces, sino en la práctica inexistente.

Escribió Platón que el anciano sacerdote indicó a Solón, tras decirle que partió del Océano Atlántico el poderoso ejército al cual habían vencido los atenienses, que “había, en efecto, una isla, situada frente al estrecho, que en vuestra lengua llamáis las Columnas de Hércules. Esta isla era más grande que la Libia y el Asia reunidas; los navegantes pasaban desde allí a las otras islas, y de estas al continente, que baña este mar, verdaderamente digno de este nombre. Porque lo que está más acá del estrecho de que hablamos (*ergo*, la Atlántida estaba más allá), se parece a un puerto, cuya entrada es estrecha, mientras que lo demás es un verdadero mar, y la tierra que le rodea un verdadero continente. Ahora bien, en esta isla Atlántida los reyes habían creado un grande y maravilloso poder, que dominaba la isla entera, así como sobre otras muchas islas y hasta en muchas partes del continente”. Si nos atenemos, procediendo del modo más lógico y plausible posible, al mundo conocido en 600 a. C., cuando recordemos que aún se pensaba que la Tierra era plana, nadie nunca

se debería haber aventurado con tanta seguridad al oeste del Estrecho de Gibraltar. Si hasta el mismísimo Colón sólo se atrevió a sugerir la posibilidad de encontrar tierras e islas sin determinar antes de alcanzar las *Indias*... ¿Acaso no resulta paradójica la descripción antes expuesta al considerar el saber oficial de su tiempo, que en su punto álgido mostraba la superficie terrestre tal que así?:



Como ven, el esquemático concepto que del mundo tenían los griegos de la época de Solón (arriba), y (abajo) la visión del mundo según Eratóstenes, un siglo posterior a Platón, no daban para tanto.